

INSTRUCCION FAMILIAR.

PLAN.

LA DEVOCIÓN HACIA LA SANTÍSIMA VIRGEN CONSISTE :

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—En honrarla.

SUBDIVISIONES.—1. A causa de su eminente dignidad.—2. Para agradar á Dios.—3. Para conformarnos á los sentimientos de la Iglesia.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—En amarla.

SUBDIVISIONES.—1. Ella es amada de Dios.—2. Ella es amada de los ángeles.—3. Ella debe ser amada de los hombres.

TERCERA CONSIDERACIÓN.—En imitarla.

SUBDIVISIONES.—1. De la imitación en la vida espiritual.—2. De la imitación de la Santísima Virgen.

Ave, gratia plena.
Dios te salve, llena de gracia.

(Luc., 1, 28.)

LA devoción hacia la Santísima Virgen consiste: 1.º en honrarla, 2.º en amarla, 3.º en imitarla, *Honrándola*, hacemos homenaje á las grandezas que Dios ha obrado en ella, y le hacemos el sacrificio de nuestro espíritu. *Amándola*, reconocemos los bienes de que nos ha colmado á nosotros, es decir, las gracias que nos ha procurado y que nos procura incesantemente, y la hacemos el sacrificio de nuestro corazón, que es lo que mira directamente á la devoción interior. *Imitándola*, cogemos el fruto principal de una devoción tan santa, y nos santificamos en su servicio; y ésto se refiere á una y otra devoción, la interior y la exterior.

AVE MARÍA.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.

HONRARLA.

La veneración es debida á la majestad de la virtud, del rango, del poder ó de la gloria. Por medio de la majestad de la virtud era como San Luis cautivaba, estando en prisiones, la admiración de sus enemigos. Todos esos títulos, M. A. H., están reunidos en María. ¿Qué

rango no es el suyo? David cantaba su gloria diciendo: «La Reina, ¡oh Dios! está á vuestra derecha vestida con sus ricos ornamentos: *Astitit regina à dextris tuis in vestitu deurato.*» Las vírgenes se adelantan á su séquito hasta cerca del Soberano Rey, después la pompa de este triunfo se borra ante otra pompa, y el Profeta continúa así: «Toda la gloria de la Hija del Rey es interior: *Omnis gloria filie regis ab intus.*»

Ninguna gloria iguala á la gloria de María en la tierra; su nombre está inscrito en el Símbolo de la Fe, al lado del nombre del Espíritu Santo, y todos los días mil voces proclaman su maternidad divina, y la milagrosa operación del Espíritu Santo en ella. *Conceptus est de Spiritu Sancto.*

En el Santo Sacrificio del altar, en el momento en que el pan y el vino van á cambiarse en lo más santo y venerable que hay, el sacerdote los ofrece en honor de la Santísima Virgen: *Communicantes et memoriam venerantes, in primis gloriosæ semper Virginis Mariæ genitricis Dei.* Además, después del Memento de los difuntos, después de haber dicho la oración dominical, apoyándose también en la intercesión de María, dice: «Libertadnos, Señor, de todos los males por la intercesión de la bienaventurada y gloriosa María siempre Virgen, Madre de Dios;» *Intercedente beata et gloriosa semper virginis Dei genitrice Mariæ.*

La Iglesia quiere que comencemos el oficio que el sacerdote reza todos los dias, diciendo á María: «Yo os saludo: *Ave María.*» Quiere también que lo concluyamos por ella, y que la llamemos Madre gloriosísima del Redentor: *Alma Redemptoris Mater*; Reina del cielo; dominadora de los ángeles: *Ave Regina caelorum*; *ave Domina angelorum*; que nos regocijemos con ella en el tiempo de la resurrección: *Regina caeli latere*; en fin, que la saludemos como á nuestra vida y dulce esperanza: *Vita, dulcedo, et spes nostra, salve.*

¿Hablaré, A. H. M., de esa corona de oraciones, fuente de gloria para María y de consuelo para los cristianos? ¿Cuál es el alma fiel que no pone su felicidad en saludar á la Virgen divina, y no salta de alegría al oír sonar la campana que invita á que se le ore? El culto de la Virgen inmaculada está difundido por todo el universo; ella ha dado su nombre á nuestras capillas y á nuestras basílicas; sus festividades son celebradas con pompa y con alegría en el mundo cristiano. La Iglesia celebra sucesivamente la festividad de su Concepción sin mancha, de su Nacimiento, de su Presentación al templo, la de su Visitación, de sus Dolores, y en fin, de su gloriosa y triunfante Asunción.

La segunda razón, que es todavía más fuerte, es para agradar á Dios, conformándonos á su voluntad. ¿Qué recurso hay para no honrarla, viendo que la honra El mismo y que la honra de una manera tan sublime, que todo el honor que pueden tributarla todas las criaturas actuales y posibles, es casi nada en su comparación? ¿Quién hay que no confiese que el haberla honrado con la dignidad de Madre

suya, el haberse sometido espontáneamente á ella, el imponerse á sí mismo la obligación indispensable de reverenciarla, de honrarla, de obedecerla y de cumplir con ella todos los deberes que un hijo tiene contraídos con su madre, es un honor que excede todo el poder de la criatura, y hasta quebranta toda la fortaleza del brazo omnipotente de Dios, como dice Santo Tomás, porque El mismo no puede hacer más para honrar á una pura criatura?

Después de esto, ¿qué debería pensarse de aquél que se negara á tributarla el honor que se le debe?

A la segunda razón, yo añado otra tercera. Digo que debemos honrar á la Santísima Virgen para conformarnos con toda la Iglesia triunfante y militante, y para proporcionar alegría á todos los bienaventurados ángeles, y á todos los hombres justos que, siendo todos servidores de Dios, lo son también de su Santísima Madre. ¿Hubo jamás en ningún tiempo súbditos fieles que no hayan visto con sensibles muestras de consuelo los honores que se tributan á su Reina? Si el Evangelio nos asegura que hay una gran fiesta hasta en el Cielo, y que se aumenta la alegría en el corazón de los Angeles cuando ocurre la conversión de un pecador, porque deja de hacer injuria á Dios, ¿cuánto mas grande debemos creer que será cuando celebra la devoción de los buenos, cuando éstos glorifican y honran su majestad infinita, sea en su Persona, sea en la de su Santísima Madre, siendo cierto que, después de su propio honor que exige soberanamente, nada le complace tanto como el honor que se tributa á su propia Madre? Si, pues, los Angeles y todos los Santos se regocijan de la gloria de Dios, ¿quién puede dudar que no se regocijarán también del honor que tributamos á la Santísima Virgen?

SEGUNCA CONSIDERACIÓN.

AMARLA.

No es bastante honrar á la Santísima Virgen para ser verdaderamente devoto suyo: es menester amarla. Y no es cierto en esta ocasión el antiguo apotegma que decía: *Non bene conveniunt, nec in una sede morantur majestas et amor*; á saber: que un gran respeto y un grande amor no pueden estar juntos; al contrario, están siempre unidos á la devoción á la Santísima Virgen, porque su excelencia y su bondad son inseparables. Donde quiera que existe el mérito, imprime respeto en el espíritu; de la misma manera por todas partes donde existe la bondad excita el amor en el corazón. Por lo tanto, si es necesario honrar á la Santísima Virgen con los más profundos homenajes después de Dios, es menester amarla también con el más perfecto amor, después del amor supremo que no es debido más que á Dios, porque no hay nada mejor ni más amable después de Dios, que la Santísima Virgen.

San Bernardo (*Ber., Ser. 3, inter parvos*), explicando las palabras del Angel que la saludó «llena de gracia,» dice: que la gracia hace agradable y amable. ¿Y á quién hace amable á María la plenitud de la divina gracia? A Dios, á los Angeles y á los hombres: amable á Dios, por su profunda humildad; amable á los Angeles, por su incomparable pureza; amable á los hombres, por su admirable fecundidad. Dios, los Angeles y los hombres le son afectos por una devoción particular y llena de amor. *Deo per humilitatem; Angelis per virginitatem; hominibus per fecunditatem.*

Primeramente, Dios la ama con tan perfecto amor que se ha entregado á ella para pertenecerla como su Hijo único y estar á ella unido con lazos tan fuertes y tan íntimos que es imposible á la criatura tener ninguna relación más perfecta con su Dios, después de la unión hipostática, que la de su propia Madre. De esta manera es como le está adherido, de esta manera como le es devoto. Pero El mismo nos declara que su profunda humildad es la que la ha hecho tan amable, y que por eso le ha herido, cautivado y ganado su corazón: *Vulnerasti cor meum in uno crine colli tui.* ¿Cómo es que un solo cabello de su cabeza ha herido su corazón? El abate Ruperto explica admirablemente este texto (*Rup. l. 2, in Cant.*): Nada hay, dice este Padre, más delgado que un cabello; ¿y qué hay más pequeño que la humildad? Nada hay más flexible que un cabello; ¿y qué hay más obediente que la humildad? Apenas se puede ver un cabello; ¿y hay cosa que se oculte tanto como la humildad? No solamente oculta las otras virtudes, sino que ella misma procura ocultarse todo lo que puede; pero cuanto más invisible se hace á los ojos de los hombres, tanto es más agradablemente mirada por los ojos de Dios; y la misma Santísima Virgen nos declara en sus Cánticos, que esta cualidad particularmente es lo que Dios ha mirado en ella: *Quia respexit humilitatem ancillae suae.* Véase como Dios la ama por su humildad.

También es amada por todos los Angeles, á quienes encanta con su incomparable pureza, de suerte que los tiene á todos por servidores. San Bernardino predicó públicamente que ella estaba continuamente rodeada de una multitud innumerable de Angeles que formaban su magnífica corte como á su Reina; que le hacían una imponente guardia como á Princesa, y que le tributaban toda clase de homenajes como á su divina Soberana. (*Bernardin., Serm. 51, art. 3 c. 2, t. 2.*) Añade después estas palabras, que manifiestan el celo de su piedad por la Santísima Virgen: «Creo piadosamente que ella no tenía un solo Angel de la guarda como cada uno de nosotros, sino que había muchas legiones de Angeles encargadas de su guarda y de su protección: *Pie credo quod plurimas legiones angelorum habuit in custodiam et protectionem suam.* Si la Escritura nos asevera que Dios había mandado á una gran multitud de estos espíritus celestiales que se hicieran protectores del Profeta Eliseo (*IV, Reg., 6.*), ¿tendremos dificultad en creer que haya hecho más que esto por su propia Madre?

1.º *Por causa de su fecundidad.* Además de los motivos que hacen

á María amable á Dios y á los Angeles y la hacen digna de nuestra ternura, hay una tercera razón, completamente particular, que nos excita á consagrarla nuestras más tiernas afecciones: á saber, su divina fecundidad. Ella nos ha dado un Salvador, nos ha libertado por medio de él de males infinitos é inevitables, el infierno, el pecado, el odio de Dios. Además, su fecundidad nos la hace amable, porque ella ha dado á luz un Salvador, y por medio de él nos ha puesto en posesión de bienes infinitos que jamás hubiéramos podido tener sinó con su auxilio. Ella nos ha abierto la puerta del Cielo, nos ha asegurado la vida eterna, y nos ha dado un legítimo derecho á la posesión del mismo Dios. ¡Oh divina María! Si conociéramos bien lo que nos vale vuestra admirable fecundidad, pediríamos todo el amor de los Angeles y de los hombres para amaros, y después de esto convendríamos en que aún no os amábamos bastante.

Cuando veo el fruto de sus entrañas clavado en el madero saludable de la santa Cruz, y considero que este es el fruto de la vida que se me ha dado gratuitamente, pregunto á mi alma: ¿A quién debes esta gran felicidad? Sé muy bien que es á Dios Padre, que me ha dado su Hijo único; pero sé también que lo debo á la Santísima Virgen, que me ha dado igualmente su mismo Unigénito. Ha sido necesario que ámbos á dos hayan contribuido con su sustancia para formar tan gran Salvador.

2.º *Por su bondad.* María tiene derecho á nuestro amor porque es la imagen más fiel de Dios. Dios, infinitamente perfecto, sale del reposo de su eternidad; crea el mundo, el firmamento revela su poder, la tierra cuenta su bondad, la profundidad de los mares es la imagen de su inmensidad.

El hombre, en relaciones á la vez con el mundo de los cuerpos, y con el mundo de los espíritus, atestigua su sabiduría y su munificencia. Elevémonos á las sublimes alturas del mundo de las inteligencias; contemplemos el ardor de los Querubines, la ciencia de los Serafines, y preguntémosnos de seguida: ¿cuál es aquella que se nos representa más hermosa y más santa que todos los coros de los Angeles? Imaginémosnos tantas perfecciones como granos de arena hay en el mar, ó como rayos de luz en el sol, y no alcanzaremos todavía á comprender la perfección del Corazón de María; todo lo que no es Dios se halla á infinita distancia por bajo de ella.

Si debemos amar á la Santísima Virgen por sus perfecciones, debemos amarla sobre todo por su bondad y misericordia hacia nosotros, por lo cual la debemos eterno reconocimiento.

La bondad es aquella disposición del corazón que impulsa á hacer bien á todos hasta el punto que son capaces de recibirlo. Esta disposición, M. A. H., se halla en toda su plenitud en el corazón de la divina Madre; su amor no se ejercita solamente en los corazones generosos, en las almas amigas de la virtud que hacen lo que pueden y se lamentan de no poder hacer más. Si así fuera, ¿cuál sería nuestra suerte? Pero bien lo sabemos; cuanto más pervertida está un alma,

cuanto más arraigada en el mal, tanto más excita la compasión del Salvador y de su Santísima Madre; Jesucristo, nuestro buen Maestro, ha atestiguado siempre una tierna predilección hacia los pobres pecadores.

¡Oh vosotros, los que persistís en el pecado, aprovechaos por último de la gracia que se os ha enviado del Cielo por ministerio de la Virgen Inmaculada! Nadie será condenado sinó por su culpa. Escuchad á esa Virgen divina, que os dice: vosotros me llamáis Madre de misericordia, y renovando la Pasión de mi Hijo, hacéis de mí la más triste y la más afligida de todas las madres.

TERCERA CONSIDERACIÓN.

IMITARLA.

Esto es lo principal; ésto es lo esencial; ó por mejor decir, ésto es la totalidad de la verdadera devoción á la Santísima Virgen, el procurar su imitación en todas las cosas. Digo que es lo esencial, porque sin ello no hay sinó una devoción seca, estéril y engañosa. Digo también que es la totalidad de la verdadera devoción, porque ella encierra en sí las tres partes, siendo como es cierto, que nadie trata de imitar sinó lo que aprecia y estima.

En la vida sobrenatural de la gracia, como en la natural, vivimos por medio de la imitación. La instrucción que por este medio se adquiere con facilidad, harás acaso imposible de otra manera. Una alma joven no es capaz todavía de concebir, ni las grandes verdades de la Religión, ni la importancia de la salvación, ni la pureza ni la excelencia de las virtudes, ni los poderosos motivos que la podrían excitar á practicarlas. Sin embargo, hace tanto ó más con la sola imitación de lo que podría hacer con todo ésto; no tiene necesidad más que de abrir los ojos y mirar un modelo mucho más perfecto; en un momento se halla instruida de lo que debe hacer, y hasta se siente animada á conformarse con este modelo; marcha con sencillez, practica fielmente lo que ve hacer, sigue con afición los caminos hacia donde se ve conducida por el ejemplo, y toda su devoción no consiste entonces sinó en imitación; tal es precisamente esa dichosa infancia tan recomendada en el Evangelio: *Nisi efficiamini sicut parvuli.*

¡Oh Dios mío! ¡Qué progresos tan admirables se advertirían en las almas si pusieran siempre su devoción en la imitación! Pero acontece que, con los progresos de la edad, se hace el hombre mucho más imperfecto de lo que era en la infancia. Cuantas más luces se adquieren, tanto más sencillez se pierde; se razona más y se obedece menos; hay más especulativa y menos práctica: ya no vive tanto per la imitación; aspira á conducirse por sus propias inspiraciones; y en fin, así como al principio se ponía toda la devoción en imitar lo bueno,

ya no se pone al fin sinó en una especulación estéril; se conciben hermosas ideas, se piensa, se habla, y ahí concluye todo; y si se realizan algunas prácticas, es porque se ha formado una devoción según su capricho, una virtud conforme á su inclinación natural, que propiamente no es otra cosa que echarse incienso á sí mismo y llenarse de viento y de vanidad.

¿Queréis tener una verdadera y sólida devoción á la Santísima Virgen? Hacedla consistir principal y casi únicamente en su imitación. Imposible es extraviarse marchando por este camino: *Vera devotio imitari quod colimus*. Pero ¿no es una presunción hartó temeraria la de aspirar á ser copia de tan perfecto original? Nó, puesto que el mismo Jesucristo nos manda ser perfectos como es perfecto nuestro Padre Celestial. La Santísima Virgen os diría lo que el grande Apóstol escribió á los corintios: *Imitatores mei estote sicut et ego Christi*, imítadme á mí como yo imito á Jesucristo, aunque no lleguéis jamás á asemejaros perfectamente á mí, como tampoco yo puedo llegar jamás á asemejarme perfectamente á El; pero así como los aprendices de pintores se esfuerzan por imitar los primeros cuadros de los grandes maestros, y aunque no lleguen jamás á copiarlos perfectamente, por poco genio que hayan desarrollado, no dejan de formar ciertos rasgos que exceden en mucho á lo ordinario; así también proponiéndose imitar las virtudes de la Santísima Virgen, que son soberanamente perfectas, aún cuando no se llegue á igualarlas, dejan siempre buenas impresiones en el alma marcando en ellas algunas huellas de la perfección.

Quien quisiera explicar el modo de imitar todas las virtudes de María Santísima, se propondría un designio que daría materia á muchos volúmenes; un asunto tan grande no puede tratarse en una pequeña parte de un discurso. Mas puesto que es necesario decir algo para la integridad del asunto relativo á la verdadera devoción á la Santísima Virgen, conviene elegir al menos algunas de sus principales virtudes é imitarlas con tanto celo y fidelidad, que esta imitación sea como la parte principal, más esencial y más importante de su devoción. San Bernardo la considera como un hermoso vergel, donde se ofrecen á la vista todas las flores de las virtudes en su mayor hermosura, esparciendo su admirable fragancia; pero entre otras indica tres que exceden á todas las demás y que embalsaman, dice, toda la casa de Dios: *Viola humilitatis, liliun castitatis, rosa caritatis*. (Bernardus. tomo I, in *Deprecatione ab B. Virg.*): la primera es su humildad, la segunda su pureza, la tercera su caridad.

Los padres desean verse revivir en sus hijos; se ve muchas veces á ciertos hombres que adoptan por hijos á personas extrañas, porque encuentran en ellos una cierta semejanza de facciones ó de carácter. Si queremos ser hijos adoptivos de María, imitemos su fe, su esperanza, su caridad, su humildad profunda, su inviolable fidelidad; imitemos su vigilancia, y adoptemos los medios que ella ha adoptado para llegar á la perfección.

María, única libertada de la corrupción universal, preservada del pecado y de sus tristes consecuencias, se oculta en el templo desde la edad de tres años; y allí, á cubierto del pestífero soplo del mundo, trabaja en adornar su corazón, que debe convertirse en santuario del Altísimo.

Y nosotros, que sufrimos las funestas consecuencias de la ley del pecado, nosotros que tenemos hecha la fatal experiencia de nuestra debilidad, ¿qué precauciones tomamos contra nosotros mismos? La tentación nos agita con un impetuoso viento; las pasiones, sin cesar renacientes, agujonean nuestro pobre corazón; imitemos á María, adoptemos los medios que nos ofrece la gracia para resistir al mal, y esperemos que con el amor de la Santísima Virgen sentiremos crecer en nosotros el deseo de la perfección. Olvidemos hoy las gracias temporales que la demandamos ordinariamente, y que esa buena Madre nos otorga con frecuencia; no pidamos en este día más que una sola cosa, la imitación de sus virtudes, para que, salvados por este medio, podamos reinar con María en la eternidad.

DE VARIOS.